

las décadas de Tito Livio nos desarrollan un vasto cuadro, cuya magnificencia impone. Aun guardando las supersticiones, la razón ha hecho muchos progresos en las relaciones del escritor, que Augusto llamaba el pompeyano. Exceptuando dos declamaciones ambiciosas, habla mejor Salustio, como hombre de estado, que sus maestros; su narración es un modelo de rapidez, concisa, sin afectación ni oscuridad. En cuanto á Tácito, Racine lo ha señalado su lugar, llamándole el mas grande de los pintores del corazón humano. Ni el siglo de Homero ni el de Pericles, habrían podido concebir un Tácito; era preciso que vinieran Tiberio, Neron, Domiciano, Agripina y Germánico, para que tuviésemos nuevos anales del hombre.

Fenelon daba el premio de la elocuencia á Demóstenes, no apelaré del juicio de autoridad tan imponente: si, Demóstenes es á mi modo de ver el príncipe de la elocuencia, y la tribuna parlamentaria debe tratar siempre de tomar el vigor, la concisión, el recto juicio, la argumentación, el poder dramático y la soberana autoridad de las palabras del vencedor de Esquines. Verdaderamente Demóstenes estaba creado para regir á un pueblo desde la tribuna. Sigamos, pues, la escuela de Demóstenes, mas bien que la de Ciceron, así servire-

mos mejor á los intereses de la causa sagrada consultando al primero mejor que al segundo de estos modelos. ¿Pero tuvo la Grecia un ingenio tan bello como el orador romano? Cuánta fama no merece Ciceron! Cuántos dotes no encerraba en sí, cuántas facultades, cuántos conocimientos y cuántas luces de que carecía Demóstenes! Si no tiene la audacia hermética y la sencillez del príncipe de los oradores, si frecuentemente juega con las palabras que parecen rayos en boca de Demóstenes ¿no posee en cambio mas riqueza, mas fecundidad, y sobre todo, mas ternura? El ha hecho como Virgilio con respecto á Homero, frecuentemente ha dado mas alma á la elocuencia: ¡cuántas lágrimas no nos arranca por la muerte de Graciano! Cuán poderosas son sus palabras, haciendo caer de las manos de César la sentencia de muerte de Ligario! Cuán terrible se muestra contra Antonio el lugar-teniente, el amigo, el vengador de César! Con qué placer encontramos en los diálogos filosóficos á los hombres mas grandes de la república, departiendo juntos sobre los objetos mas eminentes del universo: la virtud, la patria y los dioses! Roma debió su Ciceron á la antigua Grecia, pero esta no produjo un Ciceron en su seno.

(Concluirá.)

## DE LOS VOLCANES.



ALGUNOS geólogos del siglo pasado consideraron los fenómenos volcánicos como producidos por la combustión espontánea de las piritas ferruginosas encerradas en el interior del globo; cuya hipótesis se fundaba en una experiencia curiosa, conocida con el nombre de *Volcan de Lemery*. Esta experiencia consiste en colocar en un agujero hecho en la tierra, una mezcla de 60 partes de limadura de fierro y 40 de azufre en polvo, humedecida con la cantidad de agua suficiente para formar una pasta poco espesa; la que al cabo de cierto tiempo se hincha, se calienta, se resquebra y comienza á exhalar vapores gaseosos, acabando por inflamarse con una explosión mas ó menos

violenta, acompañada de la proyección en el aire de fragmentos de fierro en ignición. Bastante analogía existe en verdad, entre estos fenómenos interesantes y los que presentan los volcanes en sus sorprendentes erupciones; pero esta analogía no es mas que aparente, porque la experiencia solo se verifica cuando está el fierro en estado metálico, que es puntualmente como no se encuentra en el interior de la tierra, en donde permanece siempre combinado con el oxígeno ó con otros cuerpos.

Sir H. Davy procuró despues dar una explicación de las erupciones, fundándose en que existen metales capaces de inflamarse espontáneamente por el solo contacto del aire ó del agua, tales como el potasio y el sodio; y supuestamente estos metales en gran cantidad sobre la

tierra, se encendieron de este modo y formaron un todo en ignición, cuya superficie se convirtió despues en una costra mas ó menos espesa de cuerpos quemados: que las aguas en seguida se esparcieron sobre esta primera capa sólida, penetraron al través de sus grietas y fueron á determinar nuevas descomposiciones, obrando sobre los metales que se hallaban en el interior, de lo cual se originaron elevaciones de terreno y erupciones volcánicas. De este modo explica porqué debieron ser estas mas frecuentes en los tiempos antiguos, é infiere que irán siendo mas y mas raras, á medida que aumente de espesor la capa superficial de la tierra. H. Davy cita en apoyo de su opinión, la naturaleza de los gases que exhalan los cráteres de los volcanes, pues son precisamente los que resultan de la descomposición del agua por los metales; pero sin embargo, se objeta contra su teoría que el grado mas alto á que puede elevarse la temperatura de la tierra, se encontraría entonces á una profundidad determinada, en cuyo punto estaria la combustión en actividad, y tendrían su origen las erupciones; y que de allí en adelante debería ir disminuyendo progresivamente con la profundidad esa temperatura, lo cual es contrario á los hechos observados.

En el día la opinión que parece reunir mayor número de partidarios es la de Cordier, que consiste en mirar los fenómenos volcánicos como producidos por la irrupción fortuita ó periódica del agua del mar sobre las materias centrales de la tierra, que el calor interno del globo mantiene en un estado constante de fusión, opinión que Gay-Lussac ha esforzado con sus importantes consideraciones sobre la naturaleza de las sustancias salinas arrojadas por los volcanes.

Cordier piensa que al principio estuvo la tierra en un estado completo de fusión, al cual y al movimiento circular, es debido su aplanamiento hácia los polos; y supone que su superficie exterior se enfrió y solidificó por el contacto del aire, mientras que su interior permaneció mas ó menos fundido, en proporción de su distancia al centro. Y en efecto, las numerosas experiencias hechas en las minas, parecen probar que el calor interno del globo aumenta en proporción directa de la profundidad, y segun las observaciones termométricas hechas en el Observatorio de Paris, se puede apreciar este aumento, en un grado por cada 30 metros de profundidad; de suerte, que calculando segun estos datos, se encontrará á 2.200 metros una profundidad igual á la del

agua hirviendo, y á una distancia muy pequeña con relación al radio de la tierra, un calor suficiente para mantener fundidos todos los metales y una gran parte de las rocas. Si suponemos que este calor sea de diez grados del pirómetro de Wedgwood, y calculamos como antes, veremos que se halla á 200.000 metros, es decir, á una distancia igual á un 37 avo del radio terrestre; pero si se atiende á la naturaleza de las lavas y al poco tiempo que media entre los síntomas que indican las erupciones y el en que se verifican, será preciso concluir que la fluidez central comienza á una profundidad menor.— Se sabe además que la densidad de la tierra aumenta tambien con la profundidad, de suerte que su interior no puede estar compuesto de sustancias minerales, cuya densidad es mucho mayor que la de los cuerpos que constituyen su superficie. Así es que por todo lo espuesto se debe admitir que el interior del globo está formado de sustancias metálicas en estado de fusión.

Esta hipótesis de la fluidez actual de la masa interna y de la acción que sobre ella ejercen las aguas del mar, se presta admirablemente á la explicación de los hechos observados; pues si consideramos que al llegar estas aguas sobre los metales y demas sustancias en ignición que ocupan el interior del globo, debe haber una gran descomposición, concebiremos la formación de multitud de gases, cuya presión inmensa se ejerce contra las paredes interiores de la capa superficial terrestre; comprendemos facilmente los fenómenos de las erupciones, como los temblores de tierra, las elevaciones de terrenos, las dislocaciones de montañas y la formación de aberturas y hundimientos en la superficie del globo, así como tambien la de esos vastos respiraderos por donde arrojan los volcanes sus lavas, sus llamas y sus gases, la desolación y la muerte.

La hipótesis de que se trata explica tambien la identidad de las lavas arrojadas sobre diversos puntos de la tierra, aun los mas distantes, y su semejanza con las rocas de los terrenos que parecen haber sido formados por elevación. En fin, explica igualmente el calor de las fuentes termales, su composición salino-mineral y los gases que contienen. Aun es preciso observar que los volcanes, exceptuando dos situados en el Asia central, y cuya existencia es dudosa, están colocados casi todos á una distancia muy pequeña de las riveras del mar: esta notable disposición, así como la abundancia de cloruros y aun de sal marina, encontrados entre los productos volcánicos, no

parece probar evidentemente que el agua del mar influye de un modo particular en la pro-

duccion de estos fenómenos sorprendentes y llenos de interés?

(Traducido para el Liceo, por C.)

## TERREMOTO DE LIMA EN 1687.



A historia del Perú cuya nacion está tan enlazada con la nuestra por sus conquistadores, y por consiguiente, por sus costumbres, idioma, forma de gobierno durante el régimen colonial, y religion, cuyos hechos estan tan unidos con los de la Nueva España, de donde, como hasta ahora se ha visto y se verá en todo el discurso de la galería que estamos publicando, pasaban los mas vireyes al Perú despues de su gobierno en aquella, y sobre todo, el ser potencia del continente americano y posesion española, nos ha movido á dedicarla algunos artículos que creemos con sinceridad, serán leidos con interés por las mismas razones que nos excitan á escribirlos. La residencia del Duque de la Palata, su virey, que hemos visto inédita, nos suministra algunos datos respecto del tiempo de su administracion, y aunque no conservemos sus mismas palabras, procuraremos transmitir á nuestros lectores las propias ideas y sentimientos del autor, para que juzgue por sí mismo los hechos que no le alteraremos, contentándonos con ponerlo al cabo de las circunstancias de la época, sin limitarnos únicamente á escribir de esta, sino que en otros artículos lo haremos de épocas anteriores.

*Habiase notado durante algunos dias del año de seiscientos ochenta y siete, que una imagen de la Madre de Dios, la cual se veneraba en uno de los templos de Lima, y derramaba copiosas lágrimas!!! Esto en el pueblo no dejó de producir los efectos de costumbre: se atribuyó de luego á luego á milagro, que segun el duque se espresa, fué visto con suma indiferencia por las autoridades, hasta tanto que se dejaron experimentar los fuertes sacudimientos de tierra. Cuando estos hubieron causado sus estragos, el Duque se dolia mucho de haber despreciado en*

su concepto un *aviso del cielo*, pues no atribuye el *llanto de la imagen* á otro motivo que el dolor que la causaba el castigo que por la corrupcion de los habitantes de Lima los amenazaba tan de cerca, y reputa el Duque que únicamente *lloraba la imagen* por aplacar al Eterno no justamente irritado, lo que á su entendimiento produjo que la ciudad no quedara completamente arruinada y sus moradores con vida hacienda, y ademas, por dar á estos un aviso razon por la que es venerada desde entonces bajo la advocacion de la Virgen del *Aviso*. La noche pues del veinte de octubre se sacudió con tanta fuerza la tierra, que solo el movimiento despidió de sus camas á los que yacian en ellas. Puso tal miedo el terremoto á los limeños, que todos ellos, sin diferencia de sexos ni edades y condiciones, salian á las calles y plazas públicas pidiendo misericordia. Los edificios quedaron muchos arruinados, los demas lastimados, sin permanecer ileso uno solo. A la madrugada del dia siguiente nacida la aurora, ya que con el crepúsculo podian distinguirse los unos á los otros con alguna perfeccion, cuando el miedo habia cesado y dado lugar á la reflexion, se hallaron muchos desnudos de toda ropa y algunos en paños menores tales como se hallaban en sus camas en el momento en que el terremoto los hizo salir de ellas y es de advertir que aunque su fuerza cesó en la misma noche, á cada momento repetia con alguna suavidad, lo que hizo que nadie se atreviera á volver á su casa. Sin embargo luego al punto que se notaron desnudos que lo estaban, probaron á volver por alguna pieza de ropa para cubrirse, como lo hicieron. Cualquiera puede imaginarse el trastorno que reinaba en ese dia en Lima, pues fué necesario comenzar por construirse cada uno un albergue donde guarecerse de pronto de la intemperie. He aqui una verdadera república

democrática en que todos eran iguales, confundidos como lo estaban allí los ricos, los nobles, los señores, los blancos, con los pobres, la plebe, los esclavos, los indios y las castas, todos en una perfecta igualdad, y si habia alguna diferencia, la superioridad se hallaba en las clases inferiores que acostumbradas á la desnudez y á las miserias consiguientes á su infeliz estado, al trabajo duro, á dormir espuestas á la inclemencia, resistirian con mas facilidad la nueva suerte á que el suceso las sujetaba, que las clases acomodadas no avezadas á los trabajos y si á la holganza, hechas á dormir en muelles lechos, y lo que ahora debe agregarse, que habrian dejado ó dejarian quizá sepultadas sus riquezas en los escombros de sus magnificas habitaciones, lo cual contribuiria tambien á hacerles mas penosa su infeliz situacion.

Despues con todo, de pasados los primeros momentos, calmados algo los ánimos, el virey comenzó á desplegar una suma actividad; por de pronto para asegurar á los capitalistas, hizo distribuir su escolta de manera que custodiasen las desiertas casas, nombró dos alcaldes que acompañados de los dos ordinarios que ya tenia la ciudad, se repartiesen por las calles, de suerte que pudieran cuidar del buen orden y mantener en el estado mejor posible en aquellas circunstancias la policia, hizo por último poner en la plaza los tesoros y bienes muebles de los particulares, para que estando á su vista fuera ménos fácil que se estraviasen, reuniendo en un solo lugar el objeto de la atencion de su escolta, y ademas señaló comisarios que cuidasen en cada manzana y en cada calle. Comenzaron en aquel mismo dia á formar casas de carrizales en todás las calles y plazas para servir de morada á los habitantes, y la del virey se puso en el centro de la plaza principal. Allí pasaba los dias y pasaba tambien las noches: allí despachaba sus negocios familiares, y allí atendia á los negocios públicos, era aquel lugar en fin, su morada y el gabinete del estado. La ciudad de Lima realizó entonces el soñado gobierno patriarcal, cuyo jefe único era el Duque de la Palata. En efecto, no habia tribunales, ni municipalidad, ni autoridades de ningun género fuera de la del virey, quien aun despachaba los negocios del estado sin guardar las solemnidades legales, los administraba por sí y ante sí sin autorizacion de secretario y sin otra forma que pudiera salvar la ilegitimidad de sus actos mas que la necesidad; „entonces me convencí, dice el mismo aunque sobre otro asunto, que las leyes subsis-

ten mientras satisfacen las necesidades públicas, y no de otra manera.”

Ordenó el duque que se reparasen los edificios en cuanto fuese posible: por lo que respecta á las iglesias, se hallaban en un estado verdaderamente deplorable, y su reedificacion era obra de muchos años, y tambien de mucho costo, pues segun cálculo, muy bajo, importaria la suma de doscientos mil pesos: así que se dejó para otra ocasion, mas como quiera que fuese necesario depositar el sacramento en un lugar decente, pues se hallaba en la plaza debajo de una enramada, previno al cabildo que ya que no era posible que se reuniera en Catedral, muy bien podia hacerlo en el Sagrario, cuya capilla, siendo de unas dimensiones regulares, prestaba comodidad para hacer las veces de la catedral: pero aun esto no quisieron por los continuos temblores que no cesaban, poniéndoles miedo. Apenas algunas capillas se conservaban algo buenas, los demas templos estaban en un estado casi de ruina. Para reponer un tanto el Sagrario y sostener á las enclaustradas, únicas personas que se habian conservado dentro de las habitaciones, y que estaban en estremo necesitadas y desatendidas, ordenó el virey que se les diese una suma regular de dinero.

El palacio, las casas de ayuntamiento y demas edificios, exigian iguales reparaciones á las que demandaban los templos; por lo mismo determinó el duque que de tablas se construyesen dentro de palacio unas piezas que sirvieran á los tribunales para su despacho, lo cual se hiciera de toda preferencia, y hecho se preparasen obras para las oficinas del vireinato. Púsose mano á la obra, y en tanto que esta se hacia, continuaban en las habitaciones provisionales en la forma que tenemos dicho.

Este era el estado de las cosas, y de improviso se vió de nuevo amenazada Lima de otro gran peligro. A las once de la noche del 12 de diciembre, cuando todos se hallaban en el mayor recogimiento, fué súbitamente turbado este por una gran gritería que se dejó oír de todas partes: todos corrian á salvarse en las montañas y alturas inmediatas, anunciando en altas y descompasadas voces que el mar, saliendo de sus limites naturales, corria con precipitacion á la ciudad. De los conventos mas observantes se salieron los frailes, consumiendo antes las formas que se conservaban, y en seguida cargando con lo que podian salvar. La plaza se llenó de un inmenso gentío, que creyendo, como era natural, que el virey estuviese al cabo de lo que pasaba, procuraria

huir el peligro, y siguiéndole, seria mas facil y mas seguro evitar á su lado el riesgo: por lo ménos le observarian todos sus movimientos, y ellos les indicarian hasta donde debian temer. Entre tanto, las noticias se exageraban como de costumbre en tales lances, se dijo al Duque que el Callao habia sido cubierto por el agua, y que esta se aproximaba cada vez mas. No dejó de poner temor tal noticia en el de la Palata, pero este, así lo asegura, *reflexionando que todo era castigo de Dios*, consideró que en cualquier parte que se hallara, habia de perecer, porque es difícil al hombre ocultarse del Señor, y así se resolvió á recibir allí la muerte. Sin embargo, y juzgando con imparcialidad, sin estar al simple dicho del Duque, lo cierto es que este pensó muy bien, como lo afirma en su residencia, que algunos deseosos de apoderarse en medio del desórden de los caudales que custodiaba la escolta en la plaza, quisieron, poniendo miedo á la escolta y al mismo virey, hacer que huyesen y dejasen solos los tesoros; tambien pudo muy bien suceder que existiendo diez piratas de consideracion en la cárcel, se les tratara de facilitar la fuga. A pesar de la *piadosa conformidad* del Duque con la *voluntad divina*, ello es que al momento reencargó la vigilancia á sus soldados en la plaza, y distribuyó ademas centinelas en las esquinas de la cárcel. Hecho esto, mandó á unos que se aproximasen por el Callao, y volvieron á darle cuenta de lo que hubiesen visto, y á fé que no seria con resignacion de permanecer en Lima, si se confirmaban las noticias que le habian sido dadas. Siempre, con todo esto, es muy digna de alabanza la serenidad de ánimo del Duque despues de tan continuados peligros á que se habia visto expuesto por el primer terremoto, y los que le sucedian casi sin interrupcion por mas ya, hasta aquella fecha, de mes y medio.

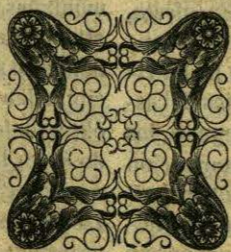
Acabóse enteramente de tranquilizar el virey con la vuelta de los comisionados, que vinieron desmintiendo todas las noticias que so-

bre la salida del mar habian corrido aque-  
noche. Procuró, pues, al momento, hacer  
saber á todos, pero espresa que le costó un  
menso trabajo, porque muchos aprovecharon  
la ocasion, creyéndola oportuna para des-  
graviar al cielo, no contentos solo con implor  
su misericordia, decian en alta voz sus pe-  
dos, haciendo con esto una confesion públi-

No solamente Lima padeció con el terrem-  
to de octubre: todas las poblaciones resinti-  
ron algunos males, pues solo para la reedifi-  
cacion de las catedrales metropolitana, de  
Arequipa y del Callao, que en su clase eran  
únicas que la necesitaban, se calcularon  
pronto, precisos, ciento veinte mil pesos, se-  
senta para la de Lima, cuarenta para el Ca-  
llao y veinte para Arequipa. Sin embargo  
los males de las demas poblaciones nunca lle-  
garon al extremo que en Lima.

En los primeros dias de enero de 88, se re-  
nieron los tribunales y el virey en el palacio  
construidas las piezas que se mandaron fe-  
mar de madera, en cuya situacion las halló  
conde de la Monclova, á fines del mismo año  
que fué á encargarse de aquel gobierno, acor-  
dado de salir del de la Nueva-España. Es  
por lo que respecta al palacio, en cuanto á  
iglesias, apenas se daba paso á reponerlas por  
competencia que suscitaban los prelados ecle-  
siásticos con el virey, que queria se costearan  
de las prebendas vacantes, afirmando aque-  
llos que pertenecia al gobierno en virtud de  
ser *patrono*, como *fundador* de las iglesias de  
América. Sobre esto hablaremos otra ocasion  
al escribir, tomando noticias de la misma re-  
sidencia, sobre el estado del clero del Perú, du-  
rante el gobierno del Duque de la Palata. Por  
ahora, para concluir este artículo, decimo  
que el Duque con su familia estuvo reducido á  
vivir y despachar los negocios públicos en  
pieza de carrizales, durante setenta y tres dias  
segun espresion del mismo.

CARLOS M. SAAVEDRA.



# ENSAYO.



ONOZCO muy poco el corazon  
de las mugeres, y por esta ra-  
zon me abstuve hasta ahora de  
publicar mis propias observa-  
ciones acerca de esta bella mi-  
tad de los seres dotados de ra-  
zon; pero alguna vez habia de  
romper mi prudente silencio, aun cuando no  
hubiera antes largamente discutido la materia,  
ni considerádola bajo todos los puntos de vista  
y en todas las relaciones que presenta á un es-  
piritu analítico. Admirábame tiempos atras  
la envidiable facilidad con que sale del apuro  
la multitud anónima ó nominada de literatos  
de *feuilleton*, que campea siempre en las par-  
tes bajas de las publicaciones periódicas, como  
si fuera ella la base en que estas se apoyan y  
sostienen: admirábame que un *folletinista* de  
barba á la puñal de Bruto, y sobre todo de an-  
teojos que son el *signum sapientiae*, en cuatro  
lineas rebosando de ingenio despedazase á au-  
tores y actores dramáticos, aun cuando duran-  
te la representacion no hubiera apartado la  
vista de alguna linda *Esmeralda* ó *Flor-de-Ma-  
ria* (nombres que hemos sustituido á las *Nises*  
y *Filis* de los amantes de égloga): admirábame  
tambien otras muchas cosas de este jaez, y  
sobre todo la imperturbabilidad y el *aplomo* de  
los heroes de boletin. Pero á su vez admiren-  
se vds., señores lectores, de la fuerza del ejem-  
plo continuo: de la admiracion de tales cosas  
pasé á familiarizarme con ellas, y de la fami-  
liaridad á la práctica. He aquí por qué me-  
dios llegué á animarme á publicar este ensayo.  
*Parve, nec invideo.....*

Muchos autores de muchas naciones, de di-  
ferentes edades y especialmente de diversas  
opiniones, han escrito mil lindezas acerca de  
las mugeres: todos casi han juzgado verdades  
incontrovertibles, ya que su sensibilidad es mas  
esquisita, su talento mas perspicaz y su imagi-  
nacion mas viva; ya que su serenidad en lan-  
ces criticos es inmensa, su astucia prodigiosa  
y su locuacidad infinita; ya que no guardan  
término medio entre la virtud y el crimen,  
entre la fidelidad y la prostitucion, entre la  
frialdad de temperamento y un temperamen-

to ardiente: y ya en fin que si sucumben, lo de-  
ben á la vanidad ó á la compasion, y si se sos-  
tienen, á la conciencia que de su debilidad tie-  
nen los hombres, y á la desconfianza en que por  
esta propia debilidad viven siempre ellas mis-  
mas. Empero yo que tengo acerca de las mu-  
geres muchas ideas raras, que pienso esplayar  
en un libro cuando el hambre apriete, ya que  
esta necesidad es el móvil general de la litera-  
tura del siglo; trato de desentenderme de es-  
tas graves cuestiones para descender á la mia,  
que es harto sencilla, motivada esclusivamen-  
te por una coqueta que conoci en mis moce-  
dades, á quien uno de mis amigos amaba con  
delirio, como aman todos los hombres á las co-  
quetas.

Esto es cierto: á parte de ese artificio que  
las distingue y caracteriza, ademas de esa des-  
treza ingeniosa con que saben medir el placer  
que dan, variarlo cuando fastidia, y escasear-  
lo á medida que empalaga y va enfermando al  
amador (la dieta siempre produce hambre); á  
parte de todas estas ventajas para triunfar del  
sexo masculino, tienen la formidable, la in-  
contrastable de interesar, de irritar el amor  
propio de los hombres con mas intensidad, con  
mas ardor que las demas mugeres. Y en efec-  
to, en un círculo de adoradores que obsequian  
y asedian á una coqueta, que aspiran á la pre-  
ferencia y ven con recelo y cólera á sus riva-  
les, obran no sé si una antes que otra ó ambas á  
la vez, dos pasiones íntimas, terribles, volcáni-  
cas: el amor á ella y el amor propio; los pri-  
meros resultados de las dos grandes leyes de  
todos los seres: la reproduccion, la conserva-  
cion. Están, pues, en movimiento, en accion  
continua y violenta así la causa de aquellos  
sentimientos que tienden á la excentricidad, á  
derramarse en rededor y á fecundar todo  
lo que tocan, como la de aquellos que se con-  
centran en nosotros mismos íntimos y aisla-  
dos, y son cuando escluivos, el patrimonio de  
las almas mezquinas. La coqueta bastante  
hábil para mantener en incertidumbre y con  
esperanza á todos sus adoradores, les inte-  
resa mas, muchísimo mas que aquella mu-  
ger que, guiada por un afecto sincero hácia

un hombre, satisface al amor de este, matándole el orgullo, desde el momento en que manifiesta corresponderle y le fortifica exclusivamente en su pasión; por que de este modo se apoya en un sentimiento solo, aunque mas duradero, mientras que la otra escita dos que se apoyan mutuamente, los irrita sin apagar ninguno, y sabe aplicarles cuando se debilitan el antidoto de una falsa esperanza.

Pero si la coqueta aplica esta esperanza en dosis abundante y á las claras, corre el riesgo de comprometerse altamente ya respecto del amante enfermo, ya respecto de los demas; de desauciar entonces al primero, le pierde; de continuarle esperanzando, pierde á los segundos. Así, pues, las coquetas, bien que el círculo de sus amantes varie diariamente, se sostienen merced á una política tan astuta, como la de un país que rodeado de enemigos terribles, con el poder de unos contraresta al de otros, y con la imbecilidad de todos compra su propia conservacion.

Pero este estado de agitacion y desconfianza, de disimulacion ó incertidumbre, puede solamente lisongear á una pasión, que se ha repetido hasta el fastidio, no sé si con fundamento, es el móvil de todas las acciones de las mugeres, su ídolo, su ángel custodio pocas veces y su demonio tentador las mas: la vanidad! Empero el amor, que es la vida de las mugeres, el soplo creador que vivifica la belleza, y la reproduce y trasmite de generacion en generacion, no puede ser lisonjeado ni seducido por el coquetismo; para ello seria necesario que antes se despertara tan bello sentimiento en los senos del corazon: instrumento de que se hallan desprovistas las coquetas. Es pues, á una vanidad exaltada y frenética á la que inciensan y sacrifican toda su juventud, y acaso tambien toda su vida: contrarian los sentimientos mas puros y naturales de su alma, subordinándolos á un sentimiento bastardo, engendro de un egoismo refinado: desdeñan esos goces ideales y voluptuosos, puros y aereos, por decirlo así, de una llama correspondida; esos suspiros mútuos que apagan en los lábios la timidez de los amantes ó la presencia de los estraños; esas mútuas miradas furtivas, cuyo efecto se siente inmediatamente en el corazon, que parece nadar en una atmósfera de luz y desmayarse en un mar de inefables delicias; ¿y por qué? por la vana satisfaccion de ostentar una série de amantes mas ó menos apasionados, desde el número primero hasta el cuarenta ó mas; pues se gradua el *savoir faire* de una niña por el mayor ó menor nú-

mero de galanes á quienes, segun la inocente expresion de las coquetas, *trae al retortero* hace rabiar.

Veamos ahora los resultados que al fin puede acarrear esta conducta. Los amantes se desengañan tarde ó temprano: y la belleza no es la que mas largamente resiste á la ley general de todas las cosas terrenas. Una de las armas del coquetismo es el amor propio de los hombres; la retirada de estos hiera el amor propio de las coquetas: el amor es su segunda arma, y cuando llegan á enamorarse de veras (que suele suceder) el amor se torna en la espada que hiera la mano que la empuña.

Así, pues, los mismos sentimientos con que tortura á sus adoradores, suelen constituir las mas veces el suplicio tremendo de la coqueta. La edad aja sus facciones, y el desprecio de los amantes, su vanidad: entonces es el abatirse miserablemente hasta el polvo, el usar en valde de todos sus artificios y monerías para seducir á un hombre, que conoedor acaso del terreno, permanece impassible y frio espectador de los atractivos de la sirena, lastimando así su amor propio y escitando su cólera: ya viene á apasionarse locamente de quien menos la merece, de un tonto, de un avaro de un *cualquiera*, que castiga, ciego instrumento de la Providencia, los anteriores extravios de la coqueta, la humilla, la marchita, si la desprecia; ó la destruye enteramente, la anonada en su porvenir, si la conduce á las aras. Esto último no es muy frecuente: se ha observado que pocas, muy pocas coquetas se casan, y que muchas, muchísimas llegan, arrastrando con pena y envidia un estéril celibato, á una edad en que las que son ricas pagan un *cazuelo servente*, y las que no lo son, buscan consuelos en los devotos ejercicios, en las continuas ceremonias religiosas; pero su religion es tanto menos pura, cuanto que nace de un impuro despecho, y me parece tanto menos acepta á los ojos de Dios, cuanto que le entregan un corazon lleno aun de vanidad, que ama á la Providencia porque ya no tiene otra cosa que amar, y que acaso ni aun en este último y forzoso amor abandona su habitual coquetismo.

Los placeres de la coqueta se cifran en una sola palabra: vanidad; sus pesares en muchas: desamor, desprecio, esterilidad, tedio, aislamiento. Yo no he averiguado aun si las coquetas se forman por si mismas, como afirman los hombres, ó si las forman estos como aseveran las mugeres. Sea de ello lo que fue-